

## BIOGRAFIA IGNACIO MONTES DE OCA

Nacido en Guanajuato el 26 de junio de 1840, muerto en Nueva York, cuando volvía a la patria después de largo exilio, el 18 de agosto de 1921, los ochenta y un años del ilustre Montes de Oca integran una vida de excepcional fecundidad y prestancia en el sacerdocio y en las letras, cubren un ancho panorama de mundo inspeccionado en intensos viajes, abarcan importantísimas etapas de nuestra historia.

Niño era cuando la invasión norteamericana; joven cuando la guerra de Reforma; sacerdote ya cuando el imperio de Maximiliano, a quien visitó en Miramar y de quien fue capellán de honor en Méjico. Vio desfilar las presidencias de Juárez, Lerdo de Tejada, Porfirio Díaz y Manuel González. Volvió a vivir, ya anciano, los tempestuosos días juveniles, cuando al cabo de luenga paz sobrevino la Revolución con su cortejo de furias.

Supo en todo guardar su dignidad y su entereza, al propio tiempo que cultivar relaciones con tirios y troyanos. Prolongadas su vida y su experiencia, no desmintió más tarde la patriótica visión con que él, como otros eximios calumniados, abrazó la causa de un Imperio con alianza europea, que sin menoscabo de nuestra soberanía, pusiera valladar a la absorción prepotente de los Estados Unidos, ya consumada en medio territorio; pero, fiel Montes de Oca a su verdad lo mismo en la gloria que en la catástrofe, tuvo anchura. tolerancia y don de gentes para hacerse estimar de todos y aun trabar amistad efusiva con adversarios de ayer como don Ignacio Manuel Altamirano.

Fue nuestra Academia uno de los más eficaces núcleos de reconciliación: acercamiento y amistad después de la saña de la guerra. En este espiritual recinto de comprensión y de cultura inaugurado en 1875 fueron entretejiendo vínculos y entreverándose hombres como Arango y Escandón, Roa Bárcena, García Icazbalceta y el propio Montes de Oca, con varones como Altamirano, Justo Sierra, José María Vigil. Y debo agregar, señores, que continúa felizmente en nuestro instituto esa noble tradición, la cual ha sabido salvaguardarse por encima de amargas crisis nacionales, y dar intacto ejemplo en días de fobia y huracán.

Mitrado artista y sabio y suntuoso del Renacimiento, prócer innato, recto en el vivir, cordialísimo en la amistad, despejado en la enérgica franqueza, gustoso de la jovialidad y el buscapié, lleno de genialidades como aquella de pasear a caballo en traje de charro, no es de extrañar que Montes de Oca desconcertase la opinión de muchos, moviéndola más bien por llamativas apariencias. Gran señor en todo, amaba lo selecto magnífico, así en lo interno como en lo externo. El fausto de la cultura la pompa de la autoridad y del arte, la solemnidad espléndida, eran su ambiente natural. "Marchaba con una aristocracia auténtica de príncipe; el noble perfil romano pedía la consagración numismática", dice José D. Frías.

Habituado al trato de los grandes, frecuentador de cortes Y academias, cargado de distinciones y alabanzas a las que ciertamente era sensible, y de las que hablaba él propio con frecuente y no escondida satisfacción, esto ha solido ocultar a los ojos de las gentes el ímpetu apostólico del obispo. Lo desplegó, con brío extraordinario, cuando, recién consagrado por el propio Pío Nono, traía el contagio conmovido de aquellas manos octogenarias y santísimas, y arribaba a las tierras desamparadas de Tamaulipas y se metía a recorrerlas con ardorosa abnegación de misionero.

Treinta y un años tenía el joven obispo, y casi solo visitó hasta los últimos rincones de aquella dilatadísima extensión, de climas a menudo insalubres y de comunicaciones arduas. Apenas unos cuantos sacerdotes

dispersos en aquella vastedad. Todo era pobreza y desolación; todo había que fundarlo desde los cimientos. Heroicamente afrontó la tarea durante nueve años, y consumó una labor benemérita.

Evocando aquellos días, un gran apóstol cuyo centenario hemos de celebrar también los mejicanos en este 1940 -hablo del P. Antonio Plancarte y Labastida, comentaba: "Sabidos los antecedentes del ilustrísimo señor Montes de Oca, conocidos su talento, su posición social, sus relaciones, su vida de príncipe en Roma, es verdaderamente maravilloso cómo haya podido vivir nueve años en su nuevo obispado, sujeto a todo género de privaciones, careciendo aun de lo indispensable para la vida. . . Conoció sus ovejas una a una; dormía bajo su tienda de campaña, erigía su capilla rural, y allí predicaba y administraba los santos sacramentos como el más humilde misionero.

"No es raro -- continúa el P. Plancarte-- que el Romano Pontífice haya encomiado el apostolado de monseñor Montes de Oca; pero sí llama la atención que lo haya hecho el general don Mariano Escobedo, testigo presencial de sus fatigas, quien lo tuvo enfermo de fiebre maligna en una de sus haciendas, y a mí me dijo, siendo ministro de la Guerra: *Su amigo de usted es mucho obispo para Tamaulipas*".

Aquel "mucho obispo" pasó luego a la diócesis de Linares, o sea de Monterrey, donde tocóle sostener duro combate por las libertades de la Iglesia. Lo hizo con su entereza y garbo naturales: "deber era en Nos afirma como obispo y como ciudadano". Aunque muy quebrantados la salud y el corazón, logró el triunfo del derecho. Y al despedirse, en diciembre de 1884, de la grey que apacentó por un lustro, decía con palabras que pintan su índole robusta y generosa:

"Al soltar las riendas del gobierno de este obispado, pedimos perdón a nuestros diocesanos de las faltas y errores que nuestra fragilidad nos haya hecho cometer; lo imploramos, sobre todo, de aquellos a quienes en el ardor de la lucha tuvimos necesariamente que herir o derribar, al lanzar nuestros dardos en defensa de la Religión. ¡Oh! ¿Por qué nos provocaron? ¿Por qué convirtieron nuestra misión de paz en un estado de perpetua guerra, para todos funesta? Al mismo tiempo enviamos nuestro perdón a cuantos nos saturaron de oprobios; y pueden estar seguros que --como ya ha sucedido con los que se nos han acercado-- jamás será obstáculo para obtener nuestros servicios y nuestra especial benevolencia, el habernos ultrajado". (Obras pastorales y oratorias III, 603).

Pasó finalmente el prelado, en 1885, a San Luis Potosí, diócesis que amó con predilección extraordinaria y que rigió a lo largo de treinta y seis años. Aunque pudiera ponérsele alguna tilde de ausentismo, lo cierto es que monseñor Montes de Oca era hombre de gobierno, brioso para emprender, eficiente para organizar, apto para elegir sus auxiliares, y supo así llevar su diócesis a ejemplar florecimiento de religiosidad, cultura y beneficencia.

## EL HOMBRE DE LETRAS

Pero dejemos ya que vuelva al polvo este polvo de re-cuerdos, y digamos cómo, educado de niño en Inglaterra bajo la tutoría del cardenal Wisernan, luego en Méjico y en Roma, descolló don Ignacio Montes de Oca y Obregón por su sabiduría, por su admirable don de lenguas, por su recia formación de humanista, por su prestancia de orador, por su clásica musa que le mereció. entre los árcades el nombre de Ipandro Acaico.

Dominaba el griego, el latín, el inglés, el francés, el italiano. Supo del náhuatl y otras lenguas. Y quiere una anécdota, fantaseada tal vez pero no inverosímil, que en cierta señalada ocasión, estando ya en la tribuna ante auditorio cosmopolita, preguntó a quien presidía en qué idioma debía hablar. Avezado desde la

adolescencia en estas disciplinas, supo darnos, con notable soltura y eficacia, la única traducción cabal que en castellano tenemos de Píndaro, "bosque profundo y misterioso" de lirismo, así como versiones de otros poetas de la Hélade: Mosco, Teócrito, Bión, Anacreonte, Apolonio de Rodas ...

Elogia don Miguel Antonio Caro en nuestro helenista, "aquel perfume original que se pierde en versiones de segunda mano"; y don Marcelino Menéndez Pelayo juzga así:

Entre las pocas, poquísimas buenas traducciones de poetas griegos que posee nuestra lengua, nadie negará a las de Ipanandro uno de los primeros lugares ... Es sin duda Ipanandro helenista egregio y gallardo versificador, aunque en su trabajo se noten desigualdades ... " Su fácil maestría es prodigiosa, "y Je hace buscar con predilección las formas más estrechas y difíciles de la métrica castellana: octavas, tercetos, sonetos: nueva y pesada cadena sobre las muchas que el arte de traducir impone ... "; pero Monte de Oca "sale airoso de todas las dificultades. La crítica más severa sólo hallará que censurar en tan gran número de versos alguno que otro prosaico o duro y cierta redundancia de estilo. Pero ¿quién no perdonará esto al lado de tanta facilidad, desenfado y armonía?"

Como poeta original, opino que debemos colocarlo, con mesurada justipreciación, dentro de los límites de su escuela y de su tiempo. Creo que más que poeta, en aquel sentido altísimo y esencial que conviene reivindicar para el vocablo, era Montes de Oca varón de insólita cultura literaria y de connaturalizada pasión por expresarse en verso.

Iba volcando métricamente cuanto sentía y vivía --de preferencia en sonetos que se computan por centenas, y el versificar volvióse en él tan cotidiano como el respirar: lo que pudiera ser plática, misiva, sermón, arenga, vertíalo en estrofas; y así es natural que dentro de la habitual soltura y lozanía del verso y en medio de logros de primer orden, tropecemos con ripios, desmayos, prosaísmos, ) en cambio no nos coja y estremezca aquel algo intuitivo, fascinante y arcano que deslumbra en el ápice de la soberana poesía. Mas fuera injusto hacer cargo personal de lo que es, en mi sentir, reparo formulable a toda una escuela, a toda una etapa, y quizá a muchas. Paréceme, por otra parte, que el prosista --a quien debemos ocho suculentos volúmenes de Obras pastorales Y oratorias, descuella con un género de excelencia que es propio de los grandes y que suele hacer menos ruido, porque consiste puntualmente no en ostentar sino en esconder el arte, dentro de la severa sobriedad y la sencillísima elegancia. Ni se siente el castigo ni hay alardes en aquel señorío natural, en aquella tersura y desnudez con que escribe el prelado muy dueño siempre de saber macizo y de maduras disciplinas, lo mismo en 1880 aconsejando a sus sacerdotes, que en 1911 juzgando a su gran amigo Roa Bárcena y entremezclando jugosísimas memorias.

El mejicano a quien la Academia Española habría de confiar la oración fúnebre por Cervantes al venir el tercer centenario del Quijote en 1905, ya había pronunciado en su país, veintisiete años atrás, cuando alboreaba la Academia Mejicana, una pieza famosa en homenaje de Alarcón y otros ingenios nuestros (Obras pastorales y oratorias, t. II, p. 53). Suscrita por eximios varones que integraban a la sazón nuestro instituto Alejandro Arango y Escandón, Manuel Peredo, José Sebastián Segura, Rafael Ángel de la Peña, José María Roa Bárcena, Joaquín García Icazbalceta, dirigióse al prelado, el 13 de agosto de 1878, una comunicación de agradecimiento en que se lee: "Por justos que fueran los elogios que la Academia hiciera de tan admirable pieza oratoria, podrían atribuirse a cortesía o a espíritu de cuerpo. Mas, por fortuna, la voz pública se ha anticipado a manifestar unánime el gozo y la admiración que en todos ha producido el brillante discurso académico, la grave oración fúnebre y la piadosa exhortación cristiana, con que V.S.I ha sabido enriquecer nuestra literatura, creando en ella un nuevo género de elocuencia".

Trátase, en verdad, de una excepcional oración alta y severa al modo de Bossuet, donde, viviéndose en dilatada perspectiva el panorama de nuestras letras, repásense nuestros nombres mejores y se hace examen singular, Valbuena y Sor Juana, de Alamán, Pesado y Munguía. Entiendo que no ha sido cumplidamente conocida y explotada la robusta cantera de ese discurso, que aún hoy, en frío y de tan lejos, ofrece novedad y satisface.

Es, además, averiguado, que al orador auténtico hay que oírlo, y que de lo que habló a lo que leemos va la distancia que separa a las hojas vivas que cantan en el árbol, de las hojas muertas que crujen en el suelo. Por autorizarlos oyentes de Montes de Oca sé que su aplomo y gallardía en el ademán, su impecable dicción y su voz cálida, y sobre todo el cautivante imperio que en el auditorio ejercía, colócanlo en el rango supremo de los oradores.

Es cosa cierta, en suma, cuando se estudia la múltiple y compleja y poderosa personalidad que hoy evocamos en centenario homenaje, que no la benevolencia ni la hipérbole, sino la exigente valoración, obliga a saludar en monseñor Montes de Oca a uno de aquellos varones extra-ordinarios que bastan para el orgullo de una patria.

## EXILIO Y RETORNO

Montes de Oca, no obstante, tuvo que abandonar su patria. Fue en 1914. Ni méritos ni canas fueron parte a detener la saña de la persecución, y su residencia suntuosa, asilo del arte más selecto, y su riquísima biblioteca, una de las primeras de América, viéronse profanadas y devastadas por la torpeza revolucionaria.

El estrago del exilio se hace patente con la comparación de dos retratos: uno de 1913, derecho, hercúleo, arrogante; otro de 1921, delgado, melancólico, caído. Sólo ocho años, y parece otro hombre.

Pero aunque los médicos se negaban, el corazón habló más alto: y a los ochenta y un años de edad, achacoso y casi ciego, emprendió el buen Pastor el viaje de regreso, porque quería, sobre todas las cosas, "morir apacentando su rebaño".

Acababa de celebrar, en Madrid, las bodas de oro de su Consagración episcopal (murió siendo el decano del episcopado del mundo), y recibió homenajes del Sumo Pontífice, de los Reyes de España, de la Real Academia y otros eminentes personajes y corporaciones. . . ¡Pero él suspiraba! Su ánimo firme y enhiesto, sin doblegarse, fue melificándose en la vejez y en el destierro; lloraba el corazón pastoral... y emprendió el viaje peligroso para abrazar a los suyos. Dios no le dejó llegar: le atrajo dulcemente a su reino, y el que pensaba encontrar a los hijos, se halló de pronto con el Padre. El pueblo potosino, que ya se apercibía a los suntuosos júbilos del regreso, cambió en pompas de luto los arreos triunfales, y con íntimas lágrimas acogió los despojos llegados de Nueva York. Púsolos en la tumba que el propio obispo se mandó labrar, muchos años antes, en su dilecta catedral. Hoy duerme el Pastor donde quería dormir.

Sotanas de Méjico  
Por Alfonso Junco  
Editorial Jus Méjico